Factores socioeconómicos y procesos relacionados con la violencia doméstica en zonas rurales de Bangladesh

CONTEXTO: *Si bien está bien documentada la presencia generalizada de la violencia contra la mujer en Bangladesh, aún no se conocen a fondo los factores de riesgo específicos, en particular aquellos que pueden ser afectados por políticas y programas.*

MÉTODOS: *En 2001–2002, se llevaron a cabo encuestas, entrevistas detalladas y grupos de estudio pequeños con mujeres casadas de seis poblados de Bangladesh, con el objeto de examinar los diferentes tipos y niveles de severidad de la violencia doméstica y para explorar las formas a través de las cuales las circunstancias sociales y económicas de la mujer pueden influenciar su vulnerabilidad a la violencia en su vida en pareja. Mediante el uso de análisis de regresión logística, se evaluaron las probabilidades de que la mujer sufriera actos de violencia doméstica durante el último año.*

RESULTADOS: *De aproximadamente 1.200 mujeres encuestadas, el 67% alguna vez habían sufrido violencia doméstica, y el 35% eran objeto de violencia durante el último año. De acuerdo con los datos cualitativos, las participantes esperaron que las mujeres con un mejor nivel educativo y con mayores ingresos debían ser menos vulnerables a actos de violencia doméstica; también creían (o esperaban) que el tener una dote o un matrimonio registrado podría fortalecer la posición de la mujer en su matrimonio. No obstante, de estos factores potenciales sólo el nivel educativo estuvo relacionado con unas probabilidades significativamente reducidas de sufrir violencia; al mismo tiempo, las probabilidades fueron significativamente elevadas entre las mujeres que tenían un acuerdo de dote o ingresos personales que contribuían en forma efectiva al hogar. Las mujeres apoyaban sólidamente la educación de sus hijas, aunque existen presiones para que contraigan matrimonio a edad temprana, en parte para evitar los elevados costos de la dote.*

CONCLUSIONES: *En las zonas rurales de Bangladesh, las circunstancias sociales y económicas de la mujer pueden influenciar el nivel de riesgo con respecto a la violencia doméstica en formas complejas y contradictorias. Los resultados obtenidos también sugieren que hay una falta de conexión entre las expectativas emergentes de la mujer y su realidad actual.*

Selección Especial de Artículos sobre Violencia Basada en Género y Salud Reproductiva, 2006, págs. 41–51

Por Lisa M. Bates, Sidney Ruth Schuler, Farzana Islam y Md. Khairul Islam

Lisa M. Bates es consultora, Empowerment of Women Research Program, Center for Applied Behavioral and Evaluation Research, Academy for Educational Development, Boston, MA, EEUU. Sidney Ruth Schuler es directora, Empowerment of Women Research Program, Washington, DC. Farzana Islam es profesora asociada de antropología, en la Jahangimagar University, Dhaka, Bangladesh. Md. Khairul Islam es actualmente director de ORBIS International, Dhaka.

La violencia contra la pareja es la forma más común de la violencia por razones de género en todas partes del mundo.[1] La violencia doméstica ha estado directamente vinculada, a corto y a largo plazo, a numerosos tipos de lesión física y sicológica de la mujer.[2] Este tipo de violencia también puede contribuir a los embarazos no deseados y puede incrementar el riesgo de contraer infecciones transmitidas sexualmente al comprometer la capacidad de las víctimas de establecer las normas de sus relaciones sexuales.[3] Además, la violencia doméstica es un problema común durante el embarazo,[4] y ha sido relacionado con el aumento del riesgo de aborto espontáneo, el parto prematuro, el sufrimiento fetal y la insuficiencia ponderal.[5] En vista del creciente cúmulo de evidencias y de sus variados y nocivos efectos secundarios e inmediatos, la violencia doméstica se reconoce en forma creciente no sólo como una cuestión de derechos humanos sino también como un serio problema de la salud pública.[6]

Numerosos estudios han identificado posibles determinantes, o "detonadores", de la violencia contra la pareja, muchos de los cuales se predominan entre diversos contextos culturales y sociales. Sin embargo, las teorías que explican este tipo de violencia continúan siendo relativamente limitadas. Esta falta de perspectiva teórica puede limitar los esfuerzos para comprender mejor la violencia contra la pareja y responder con eficacia,[7] particularmente a nivel de prevención primaria.

Heise ha propuesto un marco ecológico que sugiere que la violencia contra la pareja surge de la interacción entre los factores de situación y los factores personales y socioculturales.[8] Este marco se constituye en base de los estudios transculturales para identificar los factores potenciales específicos relacionados con el abuso en cada uno de los niveles de la escala ecológica social.[9] Sin embargo, es necesario recoger más información empírica y desarrollar teorías con respecto a la relativa importancia de estos numerosos factores,[10] y con respecto a cómo se relacionan y se interactúan uno con el otro para influenciar el riesgo de la mujer ante la violencia.

En este artículo presentamos los resultados sobre la prevalencia, naturaleza y determinantes potenciales de la violencia doméstica—es decir, la violencia perpetrada por el

esposo contra su mujer—entre mujeres casadas en seis pueblos de Bangladesh. Exploramos algunos procesos complejos que apuntalan la violencia doméstica en este contexto al observar las relaciones e interacciones entre variables, y nos valemos de ambos, análisis cuantitativos y datos cualitativos.

ANTECEDENTES

La violencia doméstica es común en las zonas rurales de Bangladesh. Entre las mujeres casadas entrevistadas en 1992[11] y 1993,[12] el 47% y el 42%, respectivamente, indicaron que habían sufrido violencia física por parte de su marido; el 43% de las mujeres que participaron en un estudio realizado en 1999 indicaron que habían recibido bofetadas y golpes.[13] Además, la violencia doméstica parece ser una importante causa de la mortalidad materna en Bangladesh.[14]

En Bangladesh, la violencia contra la mujer está estrechamente vinculada a la institución del matrimonio, de igual forma que en la India.[15] Las normas y prácticas matrimoniales refuerzan la impotencia relativa de la mujer, y con frecuencia conducen a la violencia doméstica. Las mujeres de Bangladesh frecuentemente se casan durante su niñez con un hombre mayor a quien no conocen. A pesar de una ley que prohíbe el casamiento de las jóvenes antes de cumplir los 18 años, las mujeres de zonas rurales de 20–49 años tenían una edad mediana de los 15 años al casarse, según los datos recogidos en una encuesta nacional de 1999–2000.*[16] En el momento de casarse, las mujeres jóvenes por lo general saben poco o nada sobre el sexo,[17] y la iniciación sexual puede ser una experiencia traumática. La violencia doméstica se utiliza con frecuencia para establecer e implantar los papeles que desempeñan los géneros en el matrimonio, y las mujeres jóvenes pueden ser particularmente vulnerables e incapaces de resistir.

La violencia doméstica se usa tanto en Bangladesh como en la India para extorsionar el pago de la dote u otras propiedades de las familias de las mujeres jóvenes casadas.[18] La violencia—cuya severidad con frecuencia aumenta a través del tiempo—puede ser perpetrada contra las mujeres junto con las demandas del pago pendiente (con frecuencia impagable) de la dote o las demandas por cifras adicionales.[19] En un estudio realizado en la India, la percepción de una dote inadecuada fue una de las razones principales utilizadas para explicar la violencia doméstica.[20]

En estudios realizados por Schuler y sus colegas sobre las conexiones entre la violencia y la desigualdad de género y los factores que pueden influir en ellas en Bangladesh, con frecuencia los hombres usan la violencia para implantar su dominio y unas normas de género desiguales, particularmente durante los primeros años del matrimonio. Este trabajo de investigación sugirió que los efectos de intervenciones tales como los programas de préstamos de microcrédito—que potencian a la mujer económica y socialmente—sobre la violencia doméstica son ambiguos. La participación de la mujer en este tipo de programa puede, por un lado, reducir el riesgo de la mujer de sufrir violencia doméstica, logrando que su vida sea más visible y así aumentando su valor percibido en la familia; por otro lado, si el empoderamiento económico de la mujer resulta en que ésta actúa en forma más segura, el esposo puede responder con violencia.[21]

Aquí informamos sobre los resultados obtenidos a través de entrevistas pormenorizadas, estudios en grupos pequeños y datos de una encuesta recopilados en 2001–2002 en seis pueblos de Bangladesh para documentar los tipos y severidad de violencia perpetrada contra la mujer en su matrimonio y para explorar los determinantes sociales potenciales de la violencia doméstica y las modalidades a través de las cuales los factores sociales y económicos podrían influenciar la vulnerabilidad de la mujer en el matrimonio. Las suposiciones clave que guían este trabajo son que el matrimonio es un importante ámbito para la negociación y la expresión de los papeles y relaciones de género, y que los sistemas y prácticas matrimoniales predominantes en Bangladesh deben ser comprendidos en el contexto de las estrategias desarrolladas por las personas y las familias para su supervivencia económica.

En este artículo centramos la atención en cinco factores sociales y económicos potenciales que han sido identificados en estudios previos, inclusive en nuestros estudios previos de investigación cualitativa en estos lugares, como posibles determinantes de los derechos de la mujer y su vulnerabilidad en el matrimonio: la educación de la mujer, la participación de la mujer en los programas de préstamos de microcrédito, la contribución de la mujer para cubrir los gastos del hogar, los arreglos de dotes y el registro del casamiento. Todos estos factores son fenómenos que están actualmente en desarrollo en el contexto de Bangladesh; los cambios conexos pueden actuar para subvertir y redefinir los papeles tradicionales de género, derechos y responsabilidades. En forma de respuesta, los hombres pueden usar la violencia para reafirmar su control y reforzar el orden de género predominante.[22]

La educación de las mujeres jóvenes ha sido promovida ampliamente por el gobierno de Bangladesh y por las organizaciones no gubernamentales (ONG). El porcentaje de mujeres jóvenes registradas en instituciones educativas formales y no formales ha aumentado dramáticamente; en la actualidad, es casi igual que el porcentaje de varones jóvenes.[23] En forma simultánea, las mujeres se han vuelto económicamente más activas; por ejemplo, muchas participan en los esquemas de generación de ingre-

*En esa encuesta, la edad mediana de la mujer al contraerse matrimonio ha aumentado a través del tiempo—desde 14 años entre las mujeres de 45–49 años de edad, a 16 años entre las de 20–24 años; sin embargo, el 75% de las mujeres casadas indicaron que se habían casado antes de cumplir los 18 años. Estos datos deben ser manejados con cierta cautela, porque nos hemos percatado que muchas personas de las zonas rurales de Bangladesh no conocen con precisión su edad o fecha de nacimiento. Además, dado que, a través del tiempo, las mejoras en el nivel educativo y las campañas de difusión auspiciadas por los organismos del gobierno y las organizaciones no gubernamentales han incrementado el conocimiento sobre el requisito legal que exige una edad mínima para contraer matrimonio, a lo mejor las entrevistadas, cada vez con mayor frecuencia, podrían haber suministrado intencionalmente datos erróneos sobre su edad en el momento de casarse.

sos, tales como los programas de préstamos de microcrédito, o procuran empleo pagado fuera del hogar, lo cual conlleva un alejamiento de las normas tradicionales de género que exigen la reclusión de la mujer.

En Bangladesh, se estableció en 1929 la edad mínima legal de 18 años para que una mujer pueda contraer matrimonio, y en 1980 fue proscrita la práctica de la dote.[24] Aunque estas leyes se han difundido en años recientes a través de varios canales, generalmente las familias les hacen caso omiso y el cumplimiento de la ley apenas existe. En forma similar, la ley que requiere que los matrimonios musulmanes sean registrados ha existido desde 1974. La práctica de registrar el matrimonio ha sido recientemente promovida por las autoridades del gobierno y por las ONG interesadas en apoyar los derechos de la mujer debido a la profunda dependencia de la mujer del matrimonio como medio de supervivencia económica. Un requisito del matrimonio musulmán en Bangladesh (y en muchos otros países musulmanes donde las leyes relacionadas con el matrimonio se basan en la tradición religiosa) es que el esposo debe acordar proveer el *mahr* (o, coloquialmente, *den mohor*) en el momento de casarse.[25] Dicho *mahr* es la propiedad o pago prometido por el novio y su familia a la familia de la novia—una práctica cuya intención original era asegurar a la esposa la seguridad económica y limitar el uso arbitrario del divorcio unilateral por parte del marido. Generalmente se registra la cifra en el contrato matrimonial y puede ser reclamada en caso de divorcio o fallecimiento del esposo. (En teoría, las esposas pueden reclamar este pago en cualquier momento, aunque en la práctica rara vez lo hacen.[26]) En consecuencia, en teoría, el registro legal de un matrimonio ofrece a la esposa la base para presentar una demanda para cobrar el *mahr* si su esposo la abandona o se divorcia, o si le da razones para divorciarse de él, por ejemplo, si la asalta habitualmente.

MÉTODOS

Entorno

Los datos fueron recabados en seis pueblos ubicados en tres distritos (Rangpur, Faridpur y Magura). Nuestro criterio para seleccionar estos pueblos fue diseñado, en parte, con miras a asegurar la variación geográfica e incluir áreas en las que estaban bien establecidos los dos programas de préstamos de microcrédito más importantes de Bangladesh. Asimismo, estos lugares fueron seleccionados para evitar las zonas cercanas a la capital, que no son precisamente las zonas rurales típicas del país, y otras áreas donde ya se estaban realizando otros estudios. Si bien no seleccionamos los pueblos en forma aleatoria, cuando comparamos los datos de nuestra encuesta con los promedios rurales obtenidos en la más reciente Encuesta Demográfica y de Salud,[27] en forma conjunta, los pueblos parecieron no distinguirse de otros de Bangladesh, salvo que presentaban un nivel educativo medio un poco inferior entre las mujeres y también una tasa de atención prenatal un poco menor. Los pueblos son pobres y algo conservadores, aunque esto no es inusual para una zona rural de Bangladesh. La composición religiosa de estos pueblos es la típica de Bangladesh—el 96% de las mujeres son musulmanas. En los pueblos o en lugares cercanos, las escuelas son administradas por el gobierno, las ONG u organizaciones religiosas.

En 1991, cuando iniciamos los trabajos de investigación, las ONG que prestaban los servicios de préstamos de microcrédito eran activas en cuatro de los pueblos; actualmente, hay por lo menos una ONG en cada pueblo. Las ONG que trabajan en estos pueblos también promueven la educación de las mujeres jóvenes y fomentan su toma de conciencia acerca de las leyes nacionales relacionadas con la familia y el matrimonio. De acuerdo con nuestros datos, desde 1994 hasta 2001–2002, el porcentaje de mujeres casadas sin educación disminuyó del 63% al 45%. Los centros de procesadoras de arroz y los proyectos de mantenimiento de caminos emplean a las mujeres de algunos de estos pueblos.

Componentes cualitativos

Los datos cualitativos se obtuvieron de entrevistas pormenorizadas semiestructuradas, realizadas con 76 mujeres, y de cuatro grupos de discusión pequeños realizados entre las mujeres casadas de estos pueblos en 2001–2002. Las participantes fueron seleccionadas para representar diferentes grupos de interés—por ejemplo, las mujeres pobres; las mujeres, o sus madres, que se casaron a una edad relativamente joven o con mucha edad; y las mujeres que los investigadores de campo consideraron que tenían relativamente poco o mucho poder. A todas las participantes se les informó de antemano sobre el carácter de la entrevista; ellas dieron su consentimiento oral para participar en el estudio. No se dieron incentivos.

Los componentes cualitativos del estudio examinaron los procesos sociales y económicos relacionados con el matrimonio a temprana edad, la desigualdad de género y la violencia dentro del matrimonio. La mayor parte del material pertinente al tema de la violencia doméstica surgió espontáneamente durante las entrevistas sobre temas más amplios relacionados con el matrimonio y los derechos de la mujer y los papeles que le corresponde dentro del matrimonio. Para explorar el ámbito de los factores potenciales sociales y económicos que forman parte de las experiencias de la mujer, incluida la violencia, las entrevistadoras les formularon a las mujeres preguntas de respuesta libre acerca del proceso de la formación del matrimonio y sus percepciones sobre qué fue lo que les influenció en ello, y sobre la condición de la mujer dentro de la estructura del matrimonio. También se les solicitó a las participantes que describieran sus propias experiencias y las de otras mujeres en general, especialmente si habían cambiado las circunstancias del matrimonio a través del tiempo y, si ese fuere el caso, cómo percibían este proceso de cambio.

Mujeres investigadoras de Bangladesh con experiencia en el tema realizaron las entrevistas pormenorizadas y dirigieron las discusiones en grupos pequeños; cada discusión generalmente duró entre una y cuatro horas. Las entrevistas

pormenorizadas fueron conducidas en forma personal, de una en una, generalmente en la casa de la participante. Dos o tres investigadoras facilitaron las reuniones de los pequeños grupos de discusión, generalmente en un lugar donde ya se habían reunido entre cinco y ocho participantes.

Luego los investigadores de campo prepararon las transcripciones en el idioma de Bangladesh por medio de las grabaciones y las notas escritas en el campo. Las transcripciones fueron traducidas al inglés por traductores que no pertenecían al proyecto. Luego las entrevistadoras las revisaron para asegurarse que eran exactas y estaban correctas, y cuando era necesario, esto también lo hacía otro miembro del equipo de investigación. Este proceso fue diseñado para minimizar la imposición de interpretaciones que pudieran afectar la transcripción o traducción. Luego revisamos y codificamos las transcripciones (utilizando códigos temáticos y abiertos); los investigadores de campo ofrecieron aclaraciones y revisaron las interpretaciones, en los casos en que fue necesario. Durante reuniones periódicas celebradas en Dhaka, los investigadores de campo revisaron nuestros análisis iniciales y ofrecieron pruebas para confirmar o refutar las interpretaciones. Los investigadores de campo también mencionaron interpretaciones alternativas y sugirieron temas y tendencias que anteriormente no habían sido identificados.

Componente cuantitativo

• *Recopilación de datos.* Los datos cuantitativos fueron obtenidos de la encuesta oral administrada en el año 2002 a mujeres casadas en edad reproductiva (menores de 50 años) en seis pueblos, más 130 mujeres mayores de 50 años de edad. El último grupo había participado en el estudio realizado por Schuler y sus colegas en 1994, el cual tomó en cuenta todas las mujeres en edad reproductiva de estos pueblos. Nuestra muestra incluyó a 1,212 entrevistadas, que representaban el 86% de las mujeres elegibles. Luego de obtener su consentimiento por escrito, las investigadoras administraron las encuestas de acuerdo con las directrices de seguridad ética sobre la violencia contra la mujer, de la Organización Mundial de la Salud (OMS).[28] Se hicieron todos los esfuerzos posibles para asegurar la privacidad durante las entrevistas; se suspendió la entrevista cuando se trataban temas muy delicados y algún miembro de la familia o vecino interrumpía y era imposible evitar esta situación.* Las investigadoras fueron adiestradas para tratar con las reacciones de las mujeres frente a las preguntas sobre el tema de la violencia conyugal.

La encuesta cubrió una amplia gama de temas relacionados con el bienestar social, económico y físico de la mujer, incluidos sus capacidades y acceso a recursos, su empoderamiento, sus características matrimoniales, sus experiencias de violencia intrafamiliar y su estado de salud. El desarrollo del contenido del cuestionario fue guiado de acuerdo con la encuesta de 1994 y los resultados cualitativos obtenidos hasta la fecha. El cuestionario final fue probado con antelación y en detalle en las áreas similares pero no adyacentes a los sitios donde se realizó el estudio. Todos los datos de la encuesta se ingresaron en forma doble a la base de datos y fueron analizados mediante el uso del software SAS.

• *Medidas y análisis de datos.* Nuestras medidas de la violencia doméstica fueron congruentes con las directrices de la OMS, y adaptamos las preguntas del instrumento contra la violencia conyugal de la OMS.[29] A las mujeres actualmente casadas y cuyos cónyuges vivían en su casa, se les formularon seis preguntas para saber si su esposo había cometido actos de violencia de creciente severidad contra ellas, alguna vez o durante los últimos 12 meses. Para minimizar el sesgo basado en las percepciones subjetivas del abuso, todas estas preguntas se referían a conductas específicas. El primer resultado utilizado en el principal análisis de regresión logística fue haber sufrido un acto de violencia intrafamiliar alguna vez durante el último año.

La variable de educación, una de las variables independientes, fue el número de años de enseñanza terminados. Además, se usaron dos variables para medir la actividad económica de la mujer. La primera, su contribución a los gastos del hogar, estuvo basada en un cálculo aproximado de la contribución económica relativa de la mujer para atender los gastos de su casa. La segunda variable fue un indicador de si la mujer en ese momento pertenecía a un programa de préstamos de microcrédito de alguna ONG.

La variable de la dote está basada en lo que indicó la mujer acerca de si se había celebrado un acuerdo sobre la dote en el momento del matrimonio (en forma de efectivo o de propiedad). El registro del matrimonio indica si su casamiento fue registrado formalmente.

Otras variables de control fueron la condición socioeconómica del hogar y la edad de la mujer. La condición socioeconómica fue medida con una escala de agregación de siete variables dicotómicas basadas en el tamaño del hogar; los materiales utilizados para construir las paredes, el techo y el inodoro de la casa; la instalación eléctrica; y la propiedad de un televisor y radio. Se obtuvo la edad preguntándole a la entrevistada su edad actual. En los casos de las que respondieron que no lo sabían (24%), supusimos la edad de la mujer sobre la base de otro tipo de información personal (e.g., su edad cuando inició su menstruación, se casó y dio a luz) o basado en datos sobre acontecimientos nacionales (e.g., su edad a la guerra de Liberación de 1971).†

Con excepción de la condición socioeconómica y la edad, todas las variables utilizadas en el análisis fueron dicotómicas. Los modelos de regresión logística fueron utilizados para examinar las relaciones entre la violencia doméstica y las cinco variables fundamentales de interés. Para explorar aún más los procesos y las influencias potenciales sugeridas por los resultados cualitativos, realizamos

*Para minimizar los errores sistemáticos que pueden resultar debido a la administración variable del cuestionario, cuando ocurrieron casos de tales interrupciones, las investigadoras formularon preguntas "complementarias" estandarizadas.

†En general, las mujeres a quienes se les estimó la edad tenían un menor nivel educativo que aquellas que indicaron su edad (60% contra 40% no tenían educación). Por lo tanto, creamos una variable ficticia de control para los casos en que se había calculado la edad.

análisis adicionales de regresión logística, los cuales examinaron las relaciones entre las covariables clave.

RESULTADOS

Resultados cualitativos

Muchas mujeres reconocieron y estaban desalentadas por la creciente práctica de la dote en todo Bangladesh.* (Hasta los años sesenta, generalmente se observaba, al contrario, un sistema de fijarle un "precio a la novia" de valor material, por medio del cual la familia del novio le entregaba dinero y regalos a la familia de la novia en ocasión del matrimonio.[30]) De acuerdo con numerosas entrevistadas, las mujeres son sumamente vulnerables al maltrato si los recursos materiales que aportan a su matrimonio—usualmente en forma de dote—son percibidos como escasos. Cada una de las entrevistadas condenó la práctica de la dote; reconocieron que esta costumbre es comúnmente utilizada como una herramienta para extraer recursos y explotar a las mujeres y sus familias.

Una mujer de 40 años de edad ofreció esta explicación: "Si no se paga la dote, entonces el esposo. ...golpea a su mujer o usualmente dice que se casará nuevamente con otra muchacha cuyos padres puedan pagar una dote. Algunos hombres también envían su(s) esposa(s) a la casa de sus padres para que los presione a pagar la dote."

A pesar de la condena de la dote, la mayoría de las mujeres parecieron estar resignadas al hecho, debido a que creen que les ofrece a las mujeres jóvenes un importante grado de legitimidad social y seguridad. Como lo explicó una mujer de 32 años de edad y sin educación ni ingresos, "Si una muchacha aporta una dote, entonces estará en una posición más sólida en la casa de sus suegros. ...Su suegra no podrá torturarla ni su esposo le golpeará. Si esto ocurre, ella podrá decir '¿Acaso vine con las manos vacías?' " De acuerdo con esta interpretación, una dote puede realzar la situación de la novia y mejorar su seguridad en la casa de su esposo. Por lo tanto, la práctica de la dote es perpetuada en forma renuente, y con frecuencia con vergüenza, por las familias para ayudar a asegurar que sus hijas sean tratadas adecuadamente en la casa de su esposo.

Las demandas de la dote y el estrés y los malos momentos que esto supone en muchas familias y en las nuevas novias surgieron como una consideración fundamental en la toma de decisión sobre la formación del matrimonio—una consideración que cada vez parece que supera a todas las demás, tales como la condición social o la calidad del novio y su familia (aunque estos factores continúan siendo importantes). Para la mayoría de las entrevistadas, las gestiones de negociación del matrimonio de una hija puede ser un proceso agonizante y plagado de tensiones y temores. La carga económica de una dote puede ser elevada—y aun exorbitante—pero las madres con frecuencia mencionaron que la dote es necesaria por el bienestar de sus hijas. La interacción de estas preocupaciones puede traducirse claramente en una mayor presión para casarse a edades más jóvenes, porque se considera que las probabilidades de casamiento disminuyen con la edad, y también debido a las preocupaciones por la "pureza sexual" de la mujer;† las madres temían que tendrían que pagar una dote mayor para encontrar un esposo aceptable para sus hijas de mayor edad. Si bien muchas mujeres expresaron un gran deseo de educar a sus hijas, el imperativo social—y cada vez más de índole económico—de casar a sus hijas a una temprana edad puede llegar a comprometer su educación y, por ende, puede socavar el potencial de que un mejor nivel educativo pueda redundar en un matrimonio a mayor edad.

Con frecuencia las mujeres mencionaron que el creciente nivel educativo de las mujeres en años recientes ha sido tanto un importante cambio como un importante determinante de las experiencias de las mujeres. Las participantes sugirieron que la educación puede mejorar las circunstancias en las cuales la mujer inicia el matrimonio—por ejemplo, al ofrecerles razones legítimas para postergar el matrimonio; al mejorar su potencial de conseguir un esposo y, por lo tanto, sus perspectivas de casarse con un "buen" hombre (al hacerlas más deseables a sus posibles esposos y sus familias); y al incrementar las posibilidades de casarse al constituir, por lo menos en parte, como un sustituto de la dote.

Muchas mujeres también percibieron que la educación mejoraba la condición de la mujer y sus oportunidades en el hogar, permitiéndoles tener más libertad y menos dependencia. Según este punto de vista, la educación tiene tantos efectos directos sobre la condición de la mujer como efectos indirectos que operan a través de un aumento de su potencial de generar ingresos.

Muchas participantes sostuvieron que la educación también puede ayudar a la mujer a hablar en forma independiente y a defenderse, fueren cuales fueren sus ingresos personales o el estado económico de su familia. Como lo indicó una mujer sin educación formal de 32 años de edad, "No solamente las hijas de los padres ricos pueden defenderse por sí mismas. También las jóvenes con educación pueden protestar cuando están en una mala situación."

Una mujer empleada con educación secundaria expresó que la seguridad en sí mismas de las mujeres educadas puede ser contagiosa:

"El acto de protestar ha...aumentado debido a...la educación. [Pero] esto no significa que todas las que están protestando tienen [educación superior]. Cuando una mujer educada como yo protesta contra el comportamiento de mi esposo, entonces mi vecina..., quien ha cursado estudios [solamente] hasta el quinto grado de primaria, piensa que...ella también...protestará contra la conducta de su marido como lo hice yo. [Ella pensará,] '¿Porqué voy a tolerar yo tal opresión?' "

Algunas mujeres indicaron que esperaban que la educa-

*El uso de dotes en los seis pueblos objeto del estudio ha aumentado muchísimo a través del tiempo: los datos cuantitativos indican que entre las mujeres de 15–19 años, el 72% tenían acuerdos de dote en el momento de casarse, en comparación con menos del 20% entre aquellas de 45 o más años de edad.

†Muchas mujeres manifestaron su preocupación porque no pueden proteger a sus hijas adolescentes solteras de la violencia sexual o evitar que inicien relaciones románticas consensuales.

CUADRO 1. Distribución porcentual de mujeres casadas entrevistadas en seis pueblos de zonas rurales de Bangladesh, según ciertas características, 2002

Característica	%
Años de educación	
0	45,1
1–5	34,8
>5	20,1
Miembro de un programa de microcrédito	
No	59,9
Sí	40,1
Contribución económica al hogar	
Nominal o ninguna	80,4
Más que nominal	19,6
Acuerdo de dote	
No	54,1
Sí	45,9
Deuda pendiente de la dote	
No	78,4
Sí	21,6
Matrimonio registrado	
No	37,7
Sí	62,3
Total	100,0

Nota: Los porcentajes de deudas pendientes se calcularon para los casos de las 551 mujeres que tenían un acuerdo de dote. Para los otros rubros, los denominadores varían desde 1.189 hasta 1.203, dependiendo del número de mujeres elegibles para responder a las preguntas y del número de mujeres elegibles que las contestaron.

ción se podría traducir en por lo menos el potencial para obtener empleo o ingresos; los ingresos, a su vez, le permitirán a la mujer mejorar su condición e incrementar sus derechos en su casa y su protección contra el abuso. Una mujer de 40 años con una fuente de ingresos personales indicó, "si una mujer genera ingresos, debe ser tratada como el igual de su esposo, puesto que ambos están aportando a la familia. En ese caso, el esposo no le puede golpear."

Algunas mujeres incluso sugirieron que con la educación, las mujeres tienen oportunidades para ser independientes del matrimonio: si ellas no pueden cambiar el carácter del matrimonio, entonces lo pueden abandonar. Una mujer con educación lo explicó así:

"Si las mujeres tienen educación, pueden tener empleo y por lo tanto pueden ser felices...porque ellas serán independientes por sí mismas. Ellas no tienen que tolerar la tortura y opresión de sus esposos. Si [una mujer] piensa que no puede continuar soportando una situación, puede abandonar su esposo."

Sin embargo, este escenario optimista contradice la mayoría de los resultados que hemos obtenido. Las mujeres entrevistadas que estaban desesperadas (por ejemplo, severamente abusadas o desatendidas) por cierto podrían sobrevivir mejor y sustentar a sus hijos si generaran ingresos, aunque no lograran su independencia. Con frecuencia estas mujeres generaban ingresos cuando sus esposos no lo hacían, y en estas situaciones, la mujer probablemente usaría sus ingresos para mantener a su esposo e hijos en vez de abandonar el hogar.

Finalmente, algunas entrevistadas consideraron que el acto de registrar el matrimonio, una práctica que está en aumento, tiene un gran potencial de ofrecer seguridad matrimonial y proteger las inversiones financieras de las familias en el matrimonio. Muchas indicaron que las mujeres cuyos matrimonios eran registrados se sentían más seguras, dado que sentían que sus esposos serían menos proclives a abandonarlas o a maltratarlas con severidad por temor a las repercusiones financieras. Como lo indicó una participante, "...las mujeres pueden procurar refugio legal si sus esposos las maltratan—esto está escrito en el registro." Otra participante ofreció esta explicación:

"Si el matrimonio está registrado, un hombre no puede abandonar a su esposa fácilmente. Tiene que pagarle el monto de la dote recibida en el momento del matrimonio. ...Ahora bien, si yo tengo que pagar esta dote para que mi hija se case, por supuesto que quiero la seguridad de un matrimonio registrado, de manera que...él no puede devolver nuestra hija sin el dinero."

Resultados de la encuesta

Entre las entrevistadas, la edad mediana fue de 31 años, y en el momento de casarse, ellas tenían una edad mediana de 14 años. El 45% de las mujeres no tenían ninguna escolaridad y el 20% habían completado más de cinco años de enseñanza (Cuadro 1). Casi la mitad de las mujeres (49%) habían participado alguna vez en un programa de microcrédito (no indicado), y el 40% en ese momento participaban en alguno de esos programas. El 20% de las mujeres contribuían por lo menos con algunos gastos del hogar. El 46% tenían acuerdos de dote, y el 62% habían registrado su matrimonio. El uso de los matrimonios con registro, al igual que las dotes, había aumentado considerablemente

CUADRO 2. Porcentaje de mujeres casadas de zonas rurales que indicaron haber sufrido violencia doméstica, según el tipo de violencia

Experiencia	%
Violencia alguna vez (N=1.186)†	
Alguna	67,0
Menor	66,2
Severa	33,4
Violencia durante el último año (N=1.084)†	
Alguna	34,6
Menor	32,1
Severa	17,3
Violencia durante el embarazo (N=1.158)	
Alguna	17,7
Peor violencia durante el embarazo	2,6
Violencia que resultó en lesiones (N=1.185)	
Algún tipo de lesión	23,5
Lesiones que interfirieron con su trabajo	17,3
Lesiones que requirieron atención médica	18,6
Lesiones que recibieron atención médica	14,9

†La violencia fue considerada menor si la mujer indicó que había recibido bofetadas de su pareja o había sido empujado o golpeado por él; se consideró la violencia severa cuando le había dado puntapiés o quemado, o si había utilizado un arma para agredirla. *Nota:* Los denominadores varían de acuerdo con el número de mujeres elegibles para contestar a las preguntas y con el número de mujeres elegibles que las respondieron.

CUADRO 3. Porcentaje de mujeres casadas de zonas rurales que indicaron haber sufrido algún tipo de violencia doméstica durante el último año, según sus características matrimoniales y socioeconómicas

Característica	%
Años de educación	
0	36,0
1–5	35,7
>5	30,0
Acuerdo de dote* **	
No	24,5
Sí	45,3
Matrimonio registrado* **	
No	27,6
Sí	38,8
Miembro de un programa de microcrédito	
No	35,1
Sí	33,7
Contribución económica al hogar**	
Nominal o ninguna	32,8
Más que nominal	42,4
Condición socioeconómica del hogar* **	
Mediana o baja	41,7
Más que mediana	22,4

p≤,01.*p≤,001. *Nota:* Los denominadores varían desde 1.072 hasta 1.084, dependiendo del número de mujeres elegibles para responder a las preguntas y del número de mujeres elegibles que las contestaron.

durante un período relativamente breve: más del 70% de las mujeres de menos de 30 años tenían matrimonios registrados, en comparación con menos del 40% de aquellas de 45–49 años (no indicado).

El 67% de las entrevistadas indicaron que alguna vez habían sido objeto de la violencia doméstica, y un tercio de las mujeres mencionaron que alguna vez esa violencia había sido severa (por ejemplo, puntapiés, quemaduras o uso de armas; Cuadro 2). Un poco más de un tercio de las mujeres habían sufrido violencia durante el último año; el 17% de las entrevistadas habían padecido por lo menos un episodio de violencia severa durante el último año. El 18% de las entrevistadas habían padecido violencia durante el embarazo, y el 3% indicaron que esta violencia parecía más severa que los actos anteriores. Aproximadamente la cuarta parte de las entrevistadas indicaron que alguna vez habían sido lesionadas por su esposo; el 17% indicaron que esta lesión había interferido con sus labores normales, el 19% habían sufrido lesiones que requerían atención médica y el 15% sí habían recibido atención médica para tratar a sus lesiones.

El porcentaje de mujeres que indicaron que habían sufrido violencia doméstica durante el último año fue significativamente más elevada entre las mujeres que tenían un acuerdo de dote que entre aquellas que no lo tenían (45% contra 25%; Cuadro 3). La violencia doméstica también fue significativamente más elevada entre las mujeres cuyo matrimonio había sido registrado (39%, contra 28% entre las mujeres que no tenían un matrimonio registrado), las mujeres que cubrían algunos de los gastos del hogar con sus ingresos (42%, contra el 33% entre aquellas que solventaban algunos pocos o ningún gasto) y las mujeres cuya condición económica del hogar se encontraba al nivel mediana o por debajo de la mediana de la muestra (42% contra 22%). El porcentaje de las que sufrían violencia doméstica no fue significativamente más bajo entre las que tenían más de cinco años de educación que entre las que tenían menos o ninguna educación (30% contra 36%). Las que eran miembros de los programas de microcrédito y aquellas que no lo eran presentaban porcentajes similares de haber sufrido la violencia doméstica (34% y 35%, respectivamente).

Según el análisis principal de regresión logística con multivariables (Cuadro 4), las mujeres que tenían un acuerdo de dote eran más proclives que aquellas que no lo tenían a indicar que habían padecido actos de violencia durante el último año (razón de momios, 1,5). Este resultado puede surgir fundamentalmente debido a las dotes no pagadas: las mujeres cuyas dotes no habían sido saldadas presentaban una probabilidad significativamente elevada de sufrir violencia (1,7; no indicado). En un análisis posterior que fue restringido a mujeres cuyas dotes ya habían sido pagadas, la relación entre la dote y la violencia disminuyó en tamaño y en significación estadística (1,3).

En comparación con las entrevistadas sin educación, las mujeres que habían completado más de cinco años de enseñanza presentaban índices de probabilidades de violencia significativamente más bajos (0,6). Además, pertenecer en ese momento a un programa de microcrédito estuvo relacionado con menores probabilidades de sufrir violencia (0,8). En forma inversa, las mujeres cuyos ingresos contribuían más que nominalmente a solventar los gastos del hogar fueron significativamente más proclives a sufrir violencia que aquellas que contribuían muy poco o nada (1,8). Sin embargo, las probabilidades de violencia disminuyeron a medida que subió la condición socioeconómica de la casa o la edad (0,8 y 0,7, respectivamente). La diferencia entre las probabilidades de las mujeres cuyo matrimonio había sido registrado y las de aquellas que no estaban en la misma situación fue apenas significativa (p=,06).

En el primero de los dos análisis de regresión logística

CUADRO 4. Razones de momios ajustadas (e intervalos de confianza del 95%) del análisis de regresión logística realizado para evaluar la relación entre ciertas características y la experiencia de violencia doméstica durante el último año, según el informe de la mujer

Variable	Razón de momios (N=1.056)
Matrimonio registrado	1,35 (0,99–1,85)†
Acuerdo de dote	1,46 (1,08–1,98)*
Años de educación	
0 (ref)	1,00
1–5	0,78 (0,56–1,08)
>5	0,62 (0,40–0,97)*
Miembro de un programa de microcrédito	0,75 (0,56–1,00)*
Contribución económica al hogar	1,79 (1,26–2,54)**
Condición socioeconómica del hogar	0,81 (0,73–0,89)***
Edad actual	0,74 (0,68–0,81)***

*p≤,05.**p≤,01.***p≤,001.†p<,10. *Notas:* El modelo está ajustado por si la edad fue calculada en base a otros datos. ref=grupo de referencia.

CUADRO 5. Razones de momios ajustadas (e intervalos de confianza del 95%) de los análisis de regresión logística realizados para evaluar la relación entre ciertas características y si las mujeres tenían acuerdos de dote o matrimonios registrados

Variable	Acuerdo de dote (N=1.053)	Matrimonio registrado (N=1.177)
Años de educación		
0 (ref)	1,00	1,00
1–5	0,98 (0,71–1,35)	1,56 (1,17–2,07)**
>5	0,60 (0,38–0,92)*	2,29 (1,51–3,48)***
Condición socio-económica del hogar	0,85 (0,77–0,93)***	1,01 (0,93–1,09)
Edad al casarse	1,08 (1,02–1,14)*	na
Acuerdo de dote	na	0,58 (0,43–0,77)***

*p≤,05. **p≤,01. ***p≤,001. *Notas:* Ambos modelos están ajustados por si la edad fue calculada en base a otros datos. na=no aplicable. ref=grupo de referencia.

que examinaron los procesos e influencias sugeridas por los resultados cualitativos, las probabilidades de tener un acuerdo de dote fueron significativamente más bajas entre las mujeres con más de cinco años completos de educación que entre aquellas que no tenían educación (0,6; Cuadro 5). Las probabilidades decrecieron con el aumento de la condición socioeconómica (0,9), aunque aumentaron con respecto a la edad que tenían al contraerse matrimonio (1,1). La edad al casarse también estuvo positivamente relacionada con el monto de la dote (no indicado). En la regresión logística final, las probabilidades de tener un matrimonio registrado fueron significativamente más elevadas entre las mujeres con 1–5 años de estudios, o las con más de cinco años de estudios, que entre las mujeres sin educación formal (1,6 y 2,3, respectivamente; Cuadro 5). Sin embargo, las probabilidades de haber registrado el matrimonio se redujeron significativamente entre aquellas que tenían un acuerdo de dote (0,6).

DISCUSIÓN

Este estudio presenta varias e importantes limitaciones. En primer lugar, si bien en general los pueblos incluidos son típicos de las zonas rurales de Bangladesh, no fueron seleccionados en forma aleatoria; por lo tanto, es limitada la generalización de los resultados. En segundo lugar, debido al diseño transversal de nuestro estudio, no se pudieron establecer las relaciones de causa y efecto. Además, las relaciones observadas en los análisis de regresión podrían corresponder a algunas causas comunes previas. Por ejemplo, las familias con una mayor probabilidad de perpetrar la violencia doméstica pueden estar predispuestas a procurar una novia con menor nivel educativo (quizá debido al conservadurismo cultural).

Otra limitación potencial es el sesgo de las declaraciones: las mujeres pueden ser diferencialmente proclives a indicar ciertos resultados que están sistemáticamente relacionados con otras características de interés en el análisis. Esto puede ayudar a explicar, por ejemplo, la relación inversa que existe entre el acuerdo de dote y la educación o la condición socioeconómica del hogar. Nuestros datos cualitativos indican que la práctica de la dote está ampliamente condenada y causa vergüenza entre muchas personas, que no obstante se sienten compelidas a perpetuarla. Entrevistadas relativamente bien educadas y de buena posición económica y social pudieron haber sentido una mayor susceptibilidad a estos puntos de vista y, como resultado, pudieron haber sido más renuentes a informar acerca de su práctica de la dote. Sin embargo, como lo han señalado otros investigadores, es poco probable que las mujeres de Bangladesh nieguen falsamente los casos de violencia doméstica, dado que este tipo de violencia es común, y en su mayor parte está socialmente aceptada, por lo menos en ciertas circunstancias.[31] Además, el equipo de investigación incluyó a entrevistadoras sumamente calificadas que ya eran conocidas en las comunidades y dignas de su confianza; en consecuencia, estas investigadoras sí obtenían respuestas francas de parte de las participantes. Finalmente, de acuerdo con las observaciones de los investigadores de campo e información solicitada a las participantes una vez concluido el estudio, a la mayoría de ellas las preguntas sobre la violencia doméstica no parecieron resultarles incómodas.

A pesar de estas limitaciones, consideramos que este estudio contribuye a nuestro mayor conocimiento sobre la prevalencia y posibles causas determinantes de la violencia doméstica en las zonas rurales de Bangladesh. Obtenidos mediante el uso de períodos de referencia específicos y medidas concretas de la violencia conyugal, estos datos sobre la prevalencia y la severidad del abuso físico pueden ser comparados con los resultados de otros estudios realizados en Bangladesh. Al integrar datos cualitativos y cuantitativos y examinar las relaciones entre los posibles factores, podemos comenzar a comprender la interacción de los complejos factores económicos y sociales que influyen en el riesgo de la mujer ante la violencia en el contexto cambiante de Bangladesh.

Los resultados de nuestro estudio destacan el papel esencial del matrimonio como el entorno donde confluyen varias influencias—en particular la desigualdad de género y la pobreza—y donde radica la base de la vulnerabilidad de la mujer. Los resultados destacan también la naturaleza compleja y con frecuencia contradictoria de las relaciones entre factores a diferentes niveles, y las formas en que éstos pueden influenciar en el riesgo de violencia que corre la mujer. Otro tema que surge es el alcance de la fase de transición de las normas y prácticas en Bangladesh, y la forma en que esta transición por sí misma puede constituir un factor de riesgo.

Nuestros resultados cuantitativos de la relación negativa que existe entre la educación de la mujer y el acuerdo de dote, y también entre la condición socioeconómica de la vivienda y el acuerdo de dote,* sugieren que la práctica de la dote afecta desproporcionadamente a las personas desa-

*El resultado cuantitativo de que las familias pobres son más proclives a demandar una dote supone que la condición socioeconómica del hogar en el momento de la encuesta corresponde con la situación en el momento del matrimonio.

ventajadas. Los hombres pobres y sus familias pueden demandar una dote para obtener recursos mediante la explotación de la vulnerabilidad de las familias de las novias. En turno, las familias de las novias pobres probablemente tienen menores posibilidades de contrapesar sus recursos (inclusive la educación de sus hijas) contra las demandas de la dote. En este contexto de desigualdad de género y pobreza, la práctica de la dote parece exacerbar el riesgo de la mujer de sufrir la violencia doméstica. La relación entre la dote y la violencia probablemente refleja un proceso de selección, por lo menos hasta cierta medida, en que las familias que demandan la dote también sean más proclives que otras a perpetrar o tolerar la violencia. Los arreglos formales de dote están asociados con cierta desaprobación social; los padres con los medios de hacerlo, con frecuencia brindan regalos en vez de acordarse en una dote. Las familias que se encuentran en una situación económica muy desesperada pueden ser las menos propensas a encontrar novias cuyos padres ofrecerán regalos en forma espontánea, y son más proclives a exigir un acuerdo de dote y luego recurrir a la violencia o a las amenazas de violencia para obtener el pago restante o pagos adicionales al monto acordado. Congruente con la interpretación de la extorsión, nuestros resultados cualitativos y cuantitativos sugieren que una dote que esté pendiente de pago puede colocar a la mujer en una situación de especial riesgo de violencia, como se ha demostrado en otro estudio.[32]

Además, hay otro camino alternativo que podría estar funcionando. Los resultados cualitativos sugieren que las mujeres con dotes pueden sentirse con ciertos derechos, y por lo tanto se pueden actuar con mayor seguridad en la relación de pareja, y esta conducta puede enfrentarse con una respuesta violenta. Otros investigadores han planteado la posibilidad de que la violencia pueda ocurrir en situaciones en las que el mayor poder de negociación que tenga una mujer puede resultar en una amenaza al sentido de control y superioridad del hombre.[33] Esta interpretación también puede explicar los resultados aparentemente contradictorios sobre el matrimonio registrado y la violencia doméstica. Probablemente, como afirmaron las entrevistadas, un matrimonio registrado le da a la mujer cierta medida de seguridad económica a largo plazo (al reducir el riesgo de abandono y aumentar sus posibilidades de asegurar su acceso al dinero o propiedad en caso que ocurra un abandono); no obstante, los resultados de nuestra encuesta sugieren que el acto de registrar el matrimonio no parece proteger a la mujer contra la violencia doméstica. Si acaso un matrimonio registrado puede estar asociado con algo, está relacionado a un incremento del riesgo de violencia doméstica, posiblemente al socavar el sentido de control del marido.

Los resultados de nuestra encuesta que indican que el acuerdo de dote y el matrimonio registrado están inversamente relacionados contradicen el argumento de las entrevistadas de que el registro es un medio para proteger las inversiones de la dote en los matrimonios de sus hijas. Una posible interpretación de nuestros resultados cuantitativos es que el acuerdo de las familias de ofrecer una dote refleja cierto grado de vulnerabilidad y desesperación en el mercado de los matrimonios, que también provoca que estas familias estén dispuestas a prescindir de otras medidas, tales como el acto de registrar el matrimonio, lo cual podría proteger a su hija en caso de maltrato o divorcio.

En nuestros análisis que examinan las asociaciones con la violencia doméstica, encontramos diferentes resultados con respecto a las dos medidas de la actividad económica de la mujer—su participación en un programa de microcrédito y su contribución personal al presupuesto del hogar. El efecto de ser miembro de un programa de microcrédito con respecto a la condición y autonomía de la mujer y su riesgo de sufrir la violencia doméstica es un tema que suscita un debate continuo.[34] Schuler y sus colegas han observado que la reducción del riesgo de la violencia entre las mujeres que pertenecen a un programa de microcrédito no necesariamente refleja que su participación en este programa tiene un efecto de protección; por el contrario, las mujeres cuyos esposos tienen una menor inclinación a la violencia pueden ser más proclives que otras mujeres a participar en estos programas.[35] Los resultados obtenidos por Mahmud sugieren un proceso de selección diferente, por lo cual las mujeres cuyas relaciones son menos equitativas pueden ser presionadas por sus cónyuges a participar en este tipo de programa de crédito; estas mujeres también pueden ser más propensas que las mujeres que tienen relaciones más equitativas a ser víctimas de la violencia, independientemente de su participación en un programa de crédito.[36]

También es posible que la participación en los programas de microcrédito se ve cada vez más como una forma socialmente aceptable por la cual la mujer contribuya recursos al hogar, y encima porque con frecuencia ellas permiten que sus esposos utilicen los préstamos.[37] Khan y sus colegas indicaron que el abuso físico fue ligeramente más común entre las miembros del programa de ahorro y crédito del Comité de Avance Rural de Bangladesh (Bangladesh Rural Advancement Commitee, o BRAC) que entre las no miembros del Comité; sin embargo, el abuso pareció disminuir de acuerdo con la duración de la membresía.[38] Los resultados de Koenig y sus colegas obtenidos en Bangladesh destacan la importancia del contexto normativo en determinar los efectos de los factores a nivel individual.[39] En consecuencia, nuestro resultado de la falta de una relación positiva entre dicha participación y la violencia doméstica puede indicar que la participación en tales programas ha estado normalizada en los lugares donde se condujo el estudio y, como resultado de ello, en la actualidad dicha participación no incrementa el riesgo de la violencia para la mujer porque no es vista como un acto provocador.

Sin embargo, las mujeres cuyos ingresos son sustancialmente importantes para que sean algo más que contribuyentes marginales al presupuesto del hogar, pueden encontrarse en un mayor nivel de riesgo de la violencia. La relación positiva observada entre la contribución financie-

ra de la mujer al hogar y sus probabilidades de ser objeto de violencia doméstica pueden, nuevamente, reflejar un cambio en el equilibrio de poder entre el hombre y la mujer que conduce a la violencia. No obstante, esto también puede reflejar un grado de necesidad material que nuestro mecanismo de medición de la condición socioeconómica de la vivienda no captó, el cual por sí mismo puede explicar el aumento de las probabilidades de la violencia. Nuestro estudio, como otros trabajos de investigación,[40] indica que hay una relación entre la pobreza y la violencia doméstica. En nuestra muestra, las mujeres que tenían trabajo remunerado y contribuían sustancialmente al presupuesto del hogar, generalmente se encontraban en las familias que tenían mayores privaciones económicas. Particularmente en el contexto de las situaciones de privación, la contribución económica de la mujer puede incrementar el riesgo de la violencia al socavar la autoridad del hombre y el papel de los géneros. Esta interpretación es apoyada por los datos cualitativos que sugieren que la incapacidad del hombre para proveer económicamente a su familia puede colocar a la mujer en un elevado riesgo de maltratos. Varias entrevistadas describieron el conflicto surgido debido a la escasez, lo cual precipitó actos de violencia; este hallazgo está respaldado también en otros trabajos.[41]

Nuestra observación de una relación negativa entre la educación de la mujer y la violencia doméstica parece ser menos ambigua, aunque sus consecuencias son limitadas. Las probabilidades de ser objeto de la violencia doméstica fueron reducidas solamente con respecto a las mujeres que habían obtenido por lo menos seis años de educación,* lo cual sugiere que para la mayoría de las mujeres de las zonas rurales de Bangladesh, unos aumentos modestos de logros educativos no alterarían sustancialmente su riesgo. La expectativa expresada en los datos cualitativos de que la educación de la mujer conduciría a una condición superior y a la seguridad a través de una mayor participación económica parece ser menos realista a la luz de los resultados de los datos cuantitativos. Además, según nuestros resultados, no se puede presumir que la educación mejoraría los términos bajo los cuales una mujer inicia una relación matrimonial. Los resultados obtenidos en un estudio cualitativo anterior realizado en Bangladesh sugieren que el papel de la educación de las niñas en las decisiones de la familia con respecto al matrimonio es minimizado en gran medida por otras consideraciones.[42]

El ambiente social y económico en Bangladesh se encuentra bajo un período de rápidos cambios. Como respuesta a las necesidades económicas, las nuevas oportunidades y los cambios de normas, las mujeres se desvían cada vez más de los papeles tradicionales, desarrollan nuevas aspiraciones y, frecuentemente sin intención, desafían el orden de género prevaleciente. En este entorno cambiante, la gente ha estado expuesta a información y mensajes sobre cambios de conducta en varios temas sociales y de salud, incluidos la edad en que se contrae matrimonio, la dote, el matrimonio registrado, la educación de la mujer y, en menor medida, los derechos de la mujer. La falta de conexión entre algunos de nuestros resultados cualitativos y cuantitativos puede reflejar que hay una brecha entre la emergente toma de conciencia de la mujer y sus expectativas por un lado, y su situación actual por el otro. Los cambios en marcha y las posteriores transiciones que pueden ser señalados por esta falta de conexión podrían seguir colocando a la mujer en una situación de riesgo.[43] Como lo hemos sugerido anteriormente, y como también lo afirmaron Jewkes y sus colegas, los cambios que de alguna manera potencian a la mujer pueden conducir, a corto plazo, a situaciones de violencia.[44] Este tipo de cambios podrá ofrecer protección solamente después de que se logre alcanzar el umbral crítico del empoderamiento de la mujer y que haya cambiado sustancialmente el papel de los géneros.

*Sin embargo, otro estudio realizado en Bangladesh encontró sólidos efectos protectores de la educación en los niveles bajos y altos (fuente: referencia 12).

REFERENCIAS

1. Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, A global overview of gender-based violence, *International Journal of Gynaecology and Obstetrics*, 2002, 78(Suppl. 1):S5–S14.

2. Diaz-Olavarrieta C et al., Prevalence of battering among 1,780 outpatients at an internal medicine institution in Mexico, *Social Science & Medicine*, 2002, 55(9):1589–1602; Gomez A y Meacham D, eds., Women and mental health: reflections of inequality, *Women's Health Collection #6,* Santiago, Chile: Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, 2001; y Heise L y Ellsberg M, Violence against women: impact on sexual and reproductive health, en: Murphy E y Ringheim K, eds., *Reproductive Health, Gender and Human Rights: A Dialogue*, Washington, DC: Program for Appropriate Technology in Health, 2001.

3. Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, 2002, op. cit. (véase referencia 1).

4. Gazmararian JA et al., Prevalence of violence against pregnant women, *Journal of the American Medical Association*, 1996, 275(24): 1915–1920.

5. Valladares EM et al., Physical partner abuse during pregnancy: a risk factor for low birth weight in Nicaragua, *Obstetrics & Gynecology,* 2002, 100(4):700–705; y Leung WC et al., Pregnancy outcome following domestic violence in a Chinese community, *International Journal of Gynaecology and Obstetrics,* 2001, 72(1):79–80.

6. Heise L, Ellsberg M y Gottemoeller M, Ending violence against women, *Population Reports*, 1999, Series L, No. 11; y Heise L y Garcia-Moreno C, Violence by intimate partners, en: Krug EG et al., eds., *World Report on Violence and Health*, Ginebra: Organización Mundial de la Salud (OMS), 2002.

7. Heise L y Garcia-Moreno C, 2002, op. cit. (véase referencia 6).

8. Heise L, Violence against women: an integrated, ecological framework, *Violence Against Women*, 1998, 4(3):262–290.

9. Ibid.

10. Heise L y Garcia-Moreno C, 2002, op. cit. (véase referencia 6).

11. Schuler SR et al., Credit programs, patriarchy and men's violence against women in rural Bangladesh, *Social Science & Medicine,* 1996, 43(12):1729–1742.

12. Koenig MA et al., Women's status and domestic violence in rural Bangladesh: individual- and community-level effects, *Demography,* 2003, 40(2):269–288.

13. Khan ME, Ubaidur R y Hossain SMI, Violence against women and its impact on women's lives—some observations from Bangladesh, *Journal of Family Welfare*, 2001, 46(2):12–24.

14. Faveau V et al., Causes of maternal mortality in rural Bangladesh,

1976–1985, *Bulletin of the World Health Organization*, 1988, 66(5):643–651; y Ronsmans C y Khlat M, Adolescence and risk of violent death during pregnancy in Matlab, Bangladesh, *Lancet,* 1999, 354(9188): 1448.

15. Gautam DN y Trivedi BV, *Unnatural Deaths of Married Women with Special Reference to Dowry Deaths: A Sample Study of Delhi,* Nueva Delhi: Bureau of Police Research and Development, Ministry of Home Affairs, Government of India, 1986; Jain RS, *Family Violence in India*, Nueva Delhi: Radiant, 1992; Khan ME, Ubaidur R y Hossain SMI, 2001, op. cit. (véase referencia 13); y Rao V, Wife-beating in rural south India: a qualitative and econometric analysis, *Social Science & Medicine,* 1997, 44(8):1169–1180.

16. Mitra SN et al., *Bangladesh Demographic and Health Survey 1999–2000*, Calverton, MD, EEUU: ORC Macro, 2001.

17. Rashid SF, Communicating with rural adolescents about sex education: experiences from BRAC, Bangladesh, en: Bott S et al., eds., *Towards Adulthood: Exploring the Sexual and Reproductive Health of Adolescents in South Asia*, Ginebra: OMS, 2003.

18. Huq L y Amin S, Dowry negotiations and the process of union formation in Bangladesh: implications of rising education, monografía presentada en la reunion annual de la Population Association of America, Washington, DC, 28–31 de marzo, 2001; Schuler SR et al., 1996, op. cit. (véase referencia 11); y Schuler SR, Hashemi SM y Badal SH, Men's violence against women in rural Bangladesh: undermined or exacerbated by microcredit programmes? *Development in Practice*, 1998, 8(2):148–157; Geetha V, On bodily love and hurt, en: John ME y Nair J, eds., *A Question of Silence? The Sexual Economies of Modern India*, Londres: Zed Books, 1998; Jejeebhoy SJ, Impressions from a survey in rural India, *Studies in Family Planning,* 1998, 29(3):282–290; y Rao V, 1997, op. cit. (véase referencia 15).

19. Bloch F y Rao V, *Terror as a Bargaining Instrument: A Case Study of Dowry Violence in Rural India*, Development Research Group Working Paper, Washington, DC: Banco Mundial, 2000, No. 2347; Geetha V, 1998, op. cit. (véase referencia 18); y Rudd J, Dowry-murder—an example of violence against women, *Women's Studies International Forum,* 2001, 24(5):513–522.

20. Rao V, 1997, op. cit. (véase referencia 15).

21. Schuler SR, Hashemi SM y Badal SH, 1998, op. cit. (véase referencia 18); y Schuler SR et al., 1996, op. cit. (véase referencia 11).

22. Counts D, Brown J y Campbell JC, eds., *Sanctions and Sanctuary: Cultural Perspectives on the Beating of Wives,* Boulder, CO, EEUU: Westview Press, 1992.

23. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), *Estado Mundial de la Infancia*, Nueva York: UNICEF, 2003.

24. Center for Reproductive Rights, *Women of the World: Laws and Policies Affecting Their Reproductive Lives–South Asia*, Nueva York: Center for Reproductive Rights, 2004.

25. Mahbub ul Haq Human Development Centre, *Human Development in South Asia 2000: The Gender Question*, Karachi, Pakistán: Oxford University Press, 2000.

26. Bangladesh National Women Lawyers' Association (BNWLA), *Violence Against Women in Bangladesh, 2002*, Dhaka, Bangladesh: BNWLA, 2003; y Hossain K, In search of equality: marriage related laws for Muslim women in Bangladesh, *Journal of International Women's Studies*, 2003, 5(1):96–113.

27. Mitra SN et al., 2001, op. cit. (véase referencia 16).

28. OMS, *Putting Women First: Ethical and Safety Recommendations for Research on Domestic Violence Against Women,* Doc. WHO/EIP/GPE/99.2, Ginebra: OMS, 2001.

29. Ibid; y OMS, *Multi-Country Study on Women's Health and Domestic Violence Study Protocol*, Doc. WHO/EIP/GPE/99.3, Ginebra: OMS, 2001.

30. Huq L y Amin S, 2001, op. cit. (véase referencia 18); y Lindenbaum S, Implications for women of changing marriage transactions in Bangladesh, *Studies in Family Planning,* 1981, 12(11):394–401.

31. Koenig MA et al., 2003, op. cit. (véase referencia 12).

32. Rao V, 1997, op. cit. (véase referencia 15).

33. Hoffman KL, Demo DH y Edwards JN, Physical wife abuse in a non-Western society: an integrated theoretical approach, *Journal of Marriage and the Family*, 1994, 56(1):131–146; Jewkes R, Levin J y Penn-Kekana L, Risk factors for domestic violence: findings from a South African cross-sectional study, *Social Science & Medicine,* 2002, 55(9):1603–1617; y Whaley RB, The paradoxical relationship between gender inequality and rape: toward a refined theory, *Gender and Society,* 2001, 15(4):531–555.

34. Kabeer N, Conflicts over credit: re-evaluating the empowerment potential of loans to women in rural Bangladesh, *World Development Report*, 2001, 29(1):63–84.

35. Schuler SR, Hashemi SM y Badal SH, 1998, op. cit. (véase referencia 18).

36. Mahmud S, The gender dimensions of programme participation: who joins a microcredit programme and why? *Bangladesh Development Studies*, 2000, 26(2–3):79–101.

37. Hashemi SM, Schuler SR y Riley AP, Rural credit programs and women's empowerment in Bangladesh, *World Development*, 1996, 24(4):635– 653.

38. Khan MR et al., Domestic violence against women: does development intervention matter? en: Three studies on the effect of BRAC interventions on the lives of the poor women, Socioeconomic Development and Human Well-Being Working Paper, Dhaka, Bangladesh: Bangladesh Rural Advancement Committee–International Centre for Diarrhoeal Disease Research, Bangladesh, 1998, No. 28.

39. Koenig MA et al., 2003, op. cit. (véase referencia 12).

40. Hoffman KL, Demo DH y Edwards JN, 1994, op. cit. (véase referencia 33); Ellsberg MC et al., Wife abuse among women of childbearing age in Nicaragua, *American Journal of Public Health,* 1999, 89(2): 241–244; y Martin SL et al., Domestic violence in northern India, *American Journal of Epidemiology,* 1999, 150(4):417–426.

41. Hoffman KL, Demo DH y Edwards JN, 1994, op. cit. (véase referencia 33).

42. Huq L y Amin S, 2001, op. cit. (véase referencia 18).

43. Counts D, Brown J y Campbell JC, eds., 1992, op. cit. (véase referencia 22).

44. Schuler SR, Hashemi SM y Badal SH, 1998, op. cit. (véase referencia 18); y Jewkes R, Levin J y Penn-Kekana L, 2002, op. cit. (véase referencia 33).

Reconocimientos

Los autores agradecen la participación del equipo de investigación de campo–Shefali Akter, Shamsul Huda Badal, Khurshida Begum, Zakia Naznin, Rabeya Begum, Mahbuba Hoque, Rasheda Khan y Md. Tofazzel Hossain Monju–en la recopilación de datos y su útil asesoramiento. Asimismo, agradecen a Joanna Maselko, Nicole Mailman y Diana Santana por sus grandes contribuciones en el análisis de datos. Este trabajo de investigación fue financiado con el apoyo institucional de John Snow, Inc., Research and Training Institute y donaciones de The William and Flora Hewlett Foundation, The Summit Foundation, The Moriah Fund y la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos. Las interpretaciones y conclusiones en este artículo no necesariamente reflejan las de las instituciones que han financiado este trabajo.

Para ponerse en contacto con la autora:
lbates@hsph.harvard.edu

Publicado originalmente en inglés en *International Family Planning Perspectives,* 2004, 30(4):190–199.